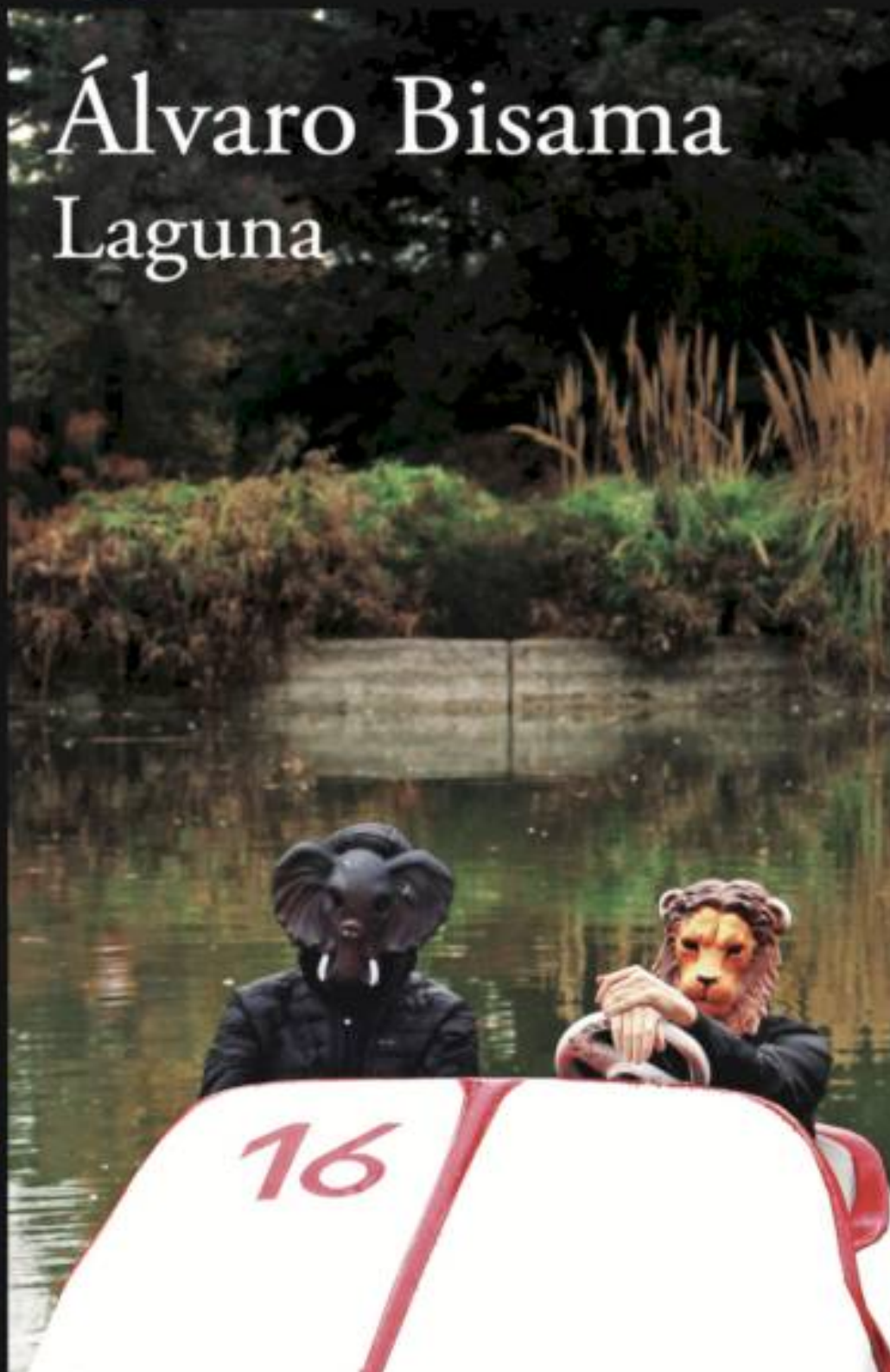


ALEAGUARA

Álvaro Bisama

Laguna

Narrativa Hispánica



Índice

Cubierta

Laguna

Créditos

A Carla

Tal vez un cuerpo. En estos días breves
y sombríos, la velocidad de la luz alcan-
za la de una mirada pasajera, incluso
cuando la noche nos deja ciegos.

JOSEPH BRODSKY

El televisor está prendido. Estoy de pie. No hay ningún canal sintonizado.

Miro la estática de la pantalla. La radiación me baña.

Los programas se acabaron. El mundo duerme. Yo no cierro los ojos.

La luz es un murmullo.

Recuerdo.

Mi voz rebota contra la luz de la tele.

El murmullo se perpetúa en el aire. El murmullo es un solo segundo estirado.

Mi voz es el murmullo. El ruido. El segundo. El brillo.

Me siento.

Ahora hablo.

Anoto y hablo.

A la vez. La letra no parece mi letra. Mi voz no es mi voz. Todo es confuso. Los detalles están hechos de filo. Los detalles no son detalles. Son ideas. Las ideas son objetos. Me rompo. Me desdoblo. Mi letra sí es mi voz. Lo que queda. Las imágenes dentro de otras imágenes.

Dentro del ruido.

Detrás de mi vida existe esta otra vida.

Viña.

Nunca he regresado. No podría. Me costaría. Nada es igual. No quiero saberlo.

Los cerros siguen ahí. Las armas.

Los cerros son oscuros y extraños.

El puerto está lleno de estibadores.

Los cuerpos.

Todo es lento.

No hay mar.

Todo está cubierto por una niebla delgada.

La laguna.

Todo es garúa.

La ciudad existe en voz baja.

La laguna está llena de peces negros.

Los peces no tienen nombre.

Los días idénticos.

No pertenezco a nada.

Hablo. La luz muerta del televisor me anima.

En mi memoria soy un invitado de piedra.

En mi memoria soy un estudiante.

Así comienza.

Todo esto ya pasó.

Todo esto está pasando.

El zumbido. La radiación. La estática de la pantalla muerta. La luz de la memoria.

1992. Febrero. Estoy fuera de lugar. Vengo del sur. Vivo con lo mínimo. Estudio para ser profesor en la universidad. Llamo a mi casa por teléfono una vez por semana. Uso el teléfono de una panadería. Soy alguien que escucha casetes. Soy alguien que lee lo que le dicen. Todo queda lejos en mi mente. No entiendo inglés. No entiendo latín. No entiendo historia. No entiendo nada. Una profesora llora en clases. Doy vueltas por el casino de la universidad. Me pierdo cuando tomo la micro. La ciudad es vieja. Está en ruinas. Me va más o menos. Termino el año. Saco buenas notas.

Esto es lo que sabes de mí. Nunca le conté a nadie esto. Anoto y hablo.

La noche de febrero.

Estaba de vacaciones. Odiaba mi casa. Odiaba el sur. Había pasado a cuarto año. La universidad había cerrado. Yo había vuelto al sur en diciembre. El verano. Aguanté como pude. No aguanté más.

Me vine antes.

Huí.

No vale la pena hablar de ello. Todo es lejano. Todo se pudrió.

Tenía unos pesos.

Volví dos semanas antes a la universidad.

Arrendé un cuarto cerca de los tribunales. Se alojaban turistas y trabajadores. El dueño me cobró caro. Me miró raro. Me dio una pieza chica. No había más universitarios.

Llamé a varios compañeros por teléfono.

Nadie respondió. Ninguno de mis amigos estaba en la ciudad.

Caminé como un fantasma.

Todos estaban fuera. Todos se habían ido.

No sé qué más hice esos días.

Era mejor que estar en el sur. Era mejor que mi casa.

Maté el tiempo.

Viña estaba llena.

Vi series de policías.

Vi matinales.

Tomaba una micro.

Salía después de almuerzo.

Leía una novela de terror.

La pieza tenía una tele chica.

Iba a Las Salinas a bañarme.

Después paseaba por el centro de Viña.

Armé una rutina.

Había Festival.

No recuerdo a los artistas.

Leí en la playa.

Tenía veintidós años. Tenía algo de plata. Había trabajado un poco en la mueblería de un tío. No había mucha demanda. El tío era extraño. Le faltaba un brazo. Hablaba poco. Pagaba mal. Nunca trabajas con la familia. Me encargaba de ordenar los pedidos. Recibía llamadas telefónicas anónimas. Alguien gruñía al otro lado de la línea.

El tío contaba historias de la familia.

Solo desastres.

Niños que caían en pozos. Muchachas tragadas por el mar. Luces

en el cielo. Parientes perdidos en la Antártica.

El tío hablaba lento. La mueblería olía a barniz. Madera cruda. El olor era fuerte. Persistía aún en mi nariz en el puerto. Volvía en medio de la playa. Me acosaba en la pensión.

El recuerdo de otro mundo.

La rutina me salvaba. Caminaba por el borde costero. Tomaba helados. Recorría la calle Valparaíso. Ahí entraba en una disquería. Miraba los cedés. Miraba los casetes. Todo era caro. Mis casetes estaban en el sur. Rock con el que soñaba.

Rock de pesadilla.

Rock que se escuchaba bajito.

No podía dormir. Una pareja de veraneantes peleaba en la pieza del lado. Me sacudía en la cama. El calor me desvelaba. Pensaba en la música. Era 1992. El rock aún no era rock. Volvía a la disquería. Tomaba cerveza en el Portal Álamo. Comía hotdogs. Cenaba un cuarto de pollo con papas fritas. Miraba la calle desde la terraza. Ambulantes. Pintores. Payasos. Observaba a la gente. Alargaba los minutos antes de irme.

Llamaba a mis padres.

El teléfono público estaba en la caja del local. El plástico de los auriculares estaba gastado. La pintura había sido borrada.

El teléfono tenía color hueso.

No tenía nada que decir.

Estoy bien. Saludos. Los echo de menos. Eso.

Qué más.

Que no quería estar en su casa.

La novela de terror terminó.

Al protagonista se lo comió un perro.

El perro venía del infierno.

Leí a Julio Cortázar. Leí a J.J. Benítez. Avancé en las tramas paralelas. Me salté páginas. Tomé cerveza. Llegué al final. No había final.

Un libro se juntó con otro.

Cristo era un extraterrestre.

París era una ciudad de mierda.

La Nasa escondía secretos.

El amor era veneno.

Cristo era también el dios de los dinosaurios.

El mundo estaba vacío.

Leí para evadirme.

Fui una vez a Playa Ancha. La mitad de las luces del Alejo Barrios estaban encendidas. Apenas había gente jugando.

Las canchas eran de tierra. Un hombre corría con un cintillo en la cabeza. Daba vueltas alrededor de la cancha. Un anciano ciego lo acompañaba. El hombre llevaba al ciego del brazo. Trotaban rápido. Vestían ropa de colores. Levantaban polvo. El hombre ciego era bajito. Abría la boca. Parecía cantar. Perseguían algo. Yo no podía verlo.

Pensaba en eso en la micro.

Huir. Salir de mi cabeza.

Lo que perseguían estaba en el borde de la cancha.

Corrían por horas.

Pensaba en ellos en el Portal Álamo.

Todo el polvo era su sombra.

En la tele pasaban el Festival de Viña. O las noticias del Festival. Ese murmullo. La sensación eléctrica. La ciudad tomada. A punto de explotar. Esa era mi rutina. La pensión. La terraza. Los paseos por la playa. La micro. Llamar a un lugar que no era mi casa. El Jesús extraterrestre.

Una rueda flotando en el vacío.

El aburrimiento.

Estar hecho de tiempo muerto.

* * *

Una tarde me encontré con el Chino. Nos topamos en la plaza de Viña. Unos payasos atacaban a la gente. Los payasos estaban drogados. El Chino estudiaba música. A la gente le caía medio mal. Le decían Chino porque tenía la tez amarilla. No tenía los ojos chicos.

Tenía los ojos claros. Tenía el pelo largo. Nos conocíamos desde hace dos años. De antes de ese febrero.

Hippie. Falso hippie.

Cantaba en las peñas folklóricas.

Era del norte. Nunca dijo de dónde.

Una amiga había andado con él.

Habían terminado. Después salí con ella. No pasó mucho. Fuimos a una fiesta. Un cerro. La fiesta era extraña. La dueña de casa estudiaba turismo. Era evangélica. No sé qué hacía ahí. Había guirnaldas navideñas en los árboles. La única comida era una fuente con galletas saladas. No recuerdo cómo subimos al cerro. Quedaba lejos. Fueron algunos amigos. O conocidos. Nos dimos un beso. Las guirnaldas estaban apagadas. Era una cita. Dijo algo. Dije algo. Frustración. Cansancio. Nos peleamos. Las luces de las guirnaldas eran ojos muertos. Ella se fue.

Apareció el Chino. Nos habíamos cruzado en los pasillos.

Me emborraché.

Tomé pisco puro.

No recuerdo más.

No sé cómo volví.

Vomitó en el camino.

La fuente con las galletas era de greda.

El vómito estaba hecho de bilis.

El vómito estaba hecho de sangre.

El vómito tenía restos de galletas saladas.

Grills.

Sabor cebollín.

La única comida del día.

El Chino bajó conmigo del cerro. Días después me lo topé en el casino. Tomaba un ramo en esa sede de la universidad. Almorzamos. Me dijo que era papá de una niñita. La mamá lo odiaba. Lo tenía demandado. Me mostró una foto. Se parecía a él. Los ojos claros.

El Chino me dijo que vendía marihuana. El Chino había estudiado

otra carrera antes. No sé cuál.

Yo fumaba a veces. Había tenido una mala experiencia. Estaba en la playa. Me pegó mal. Tenía el estómago vacío. Me puse paranoico.

Vi sombras.

Las sombras venían del mar.

Las sombras eran árboles.

Los árboles estaban hechos de pánico.

Sus hojas eran la piel de un animal muerto.

Me bajó la presión.

El miedo no me dejó dormir.

Me hice amigo del Chino. Me dijo que era decé. Nos saludábamos en los pasillos. Me prestaba casetes. Silvio. Los Bee Gees. Gong.

Todos los casetes estaban mal grabados.

No sonaban.

Música que no existía.

Me lo topaba en las peñas. Tocaba a Milanés. Tocaba a Fernando Ubiergo. Tocaba a Víctor Jara. Iba de peña en peña. Actuaba casi gratis.

Una vez cantó antes del Gitano Rodríguez.

El Gitano estaba hecho mierda. Cantó y se fue.

Otra sombra.

Un ánima.

El recuerdo de otro planeta.

Tres años después murió de cáncer.

Yo ya no estaba ahí. Yo ya había olvidado. Ya tenía otra vida.

El Chino vendía hierba en las peñas.

Me topaba con él a veces. Cada vez menos. Congeló un semestre. Reprobó un ramo. No le iba bien. Desapareció de las peñas.

No lo vi durante un tiempo.

Hasta Viña. Hasta febrero.

Fuimos a un pub de la calle Valparaíso. Llevaba su guitarra. Pidió

una cerveza. Hablamos un rato. Le conté que me había escapado del sur. Que me quedaba en una pensión.

Me dijo que él estaba bien. Que estaba en otra etapa. No dijo qué le había pasado. Trabajaba en un local de Viña. Tocaba cada dos días. Me dijo que lo fuera a ver. Que me invitaba un trago.

Le pregunté cuándo.

Al día siguiente, dijo. El pub quedaba cerca del Casino. Anotó la dirección en una servilleta. Me dijo que era bueno ver a los amigos.

Me fui. Caminé por la calle Valparaíso. Tomé una micro. Volví a la pensión. Me costó dormir. La pareja pasó a los gritos. Sentí un golpe sordo. Miré el techo una hora.

La radio encendida no tapó las voces.

Dormí hasta tarde. Almorcé tallarines con salsa. Los tallarines eran del día anterior. Estaban helados. Dejé la mitad. Dormí una siesta. Me duché.

Fui a Viña.

Era viernes.

En la avenida España había un taco.

Me bajé en Caleta Abarca.

Caminé por el borde costero.

Yo llevaba un personal estéreo. Tocaban rock latino.

Recordé las fiestas de la adolescencia. Recordé las primeras borracheras. Recordé caminatas bajo la lluvia. Recordé los vasos plásticos de una mesa de cumpleaños. Recordé un centro vecinal. Recordé las imágenes en la tele. Recordé estribillos que no entendía.

Recordé bailar mal.

Perder el ritmo.

Huir de las sincronías.

La radio me aburrió.

Una canción de los Enanitos Verdes me provocó hastío.

Pasé al lado del Miramar.

La brisa marina me asfixió. La ciudad estaba atestada. Fui a la dirección de la servilleta.

Un restorán mexicano. Quedaba cerca del Casino.

Los pubs estaban llenos. Demasiada gente. Verano. Ruido. Grupos de argentinos. Ancianos de la mano. Familias con niños chicos.

El restorán tenía un neón en la puerta. El neón simulaba ser un cactus. El neón era verde. El cactus parecía una célula enferma.

Nadie me miró cuando entré. La decoración consistía en fotos de luchadores. Estaban borrosas. Había un coyote con piel de peluche. El peluche tenía tiña. Estaba gastado. La piel no era piel. Era una tela sucia. Una lona manchada con grasa.

Todos los luchadores estaban muertos.

Todo lo mexicano era falso.

El Chino cantaba. El Chino tenía el pelo tomado. Tocaba algo de Alberto Plaza. Sus voces tenían un tono similar. Nadie parecía escucharlo. No estaba lleno. Unas pocas parejas. El Chino tenía los ojos cerrados. Parecía emocionarse. Los lentes eran redondos.

Los lentes eran reflectantes. Los colores de un holograma barato de 1992.

Terminó.

La gente aplaudió tímidamente.

Pedí una cerveza Cristal. Estaba muy helada. La barman era una muchacha bajita. Estaba embarazada.

Las luces de colores se posaban sobre los mariachis y luchadores.

Las luces eran rayos láser.

No sé de dónde venían.

Parecían manchas en la piel.

La enfermedad.

Herpes fluorescente.

El Chino desafinó. Siguió con Fernando Ubierno. El micrófono se acopló. Empezó de nuevo. Pidió disculpas. Acabó la canción. La gente no aplaudió. Terminé mi cerveza. Pedí otra.

Me hizo un gesto. Lo saludé con la mano. El Chino cantó a Los Iracundos. La gente se animó. Una pareja aplaudió. Se besaron. Recordaron el pasado. Viajaron a alguna parte dentro de sus cabezas.

La luz roja siguió moviéndose.

Los cuerpos de los luchadores se doblaron.

La pareja dejó de besarse.

Volvieron al presente. Volvieron las luces de colores. El herpes láser.

El Chino cantó dos canciones más. Éxitos románticos.

Una de Gervasio.

A mi tío le gustaba Gervasio. No creía que se hubiera suicidado. Lo mataron. Lo culparon por algo que no era. Lo colgaron en esa casa abandonada. Fue una víctima. Sabía cosas. Se vengaron.

Nadie miró más al Chino. En las mesas se preocuparon de otras cosas. Nadie aplaudió.

Se bajó el escenario.

Un John Lennon zombi.

Le copió algunos gestos. Los gestos parecían falsos. Los modales de un muerto. Una calma que no era. Una calma quebradiza. Una calma fingida. Una calma deforme.

Saludó a la chica de la barra. Dijo que yo era amigo suyo. Ella sonrió. Su sonrisa me pareció agradable.

Pinchaste, dijo el Chino.

Ella pareció avergonzarse.

Ella tomó una coctelera. La agitó. Los hielos se quebraron dentro.

El público es una mierda, dijo el Chino. Dijo que quería cantar sus propias canciones. No lo dejaban. Alguien puso a Bon Jovi. Los parlantes apenas dieron. Las luces se detuvieron. Las manchas se pegaron sobre la piel. Se hundieron.

Tú no tienes canciones propias, dijo ella.

No existen.

Tú no tienes nada.

Ella hizo un gesto. Sirvió una piscola. El Chino bebió la mitad. Un hombre se levantó. Estaba sentado solo.

Se acercó al Chino.

El Chino llevaba una polera desteñida. La mancha era de cloro. Una flor derretida.

El hombre le habló al oído. El Chino me presentó. El hombre me dio la mano. Siguió hablando con él. Saqué un cigarro. Lo prendí.

El cenicero tenía el borde roto. Tenía una figura estampada en la base. Una lámina sumergida en resina. La figura era una casa. La casa estaba en el claro de un bosque.

La casa de la bruja.

Un bosque petrificado.

Árboles fósiles.

No tengo nada ahora, dijo el Chino.

El hombre asintió. Le dio un abrazo. Se fue. El Chino llamó a la muchacha. Le preguntó si lo habían buscado. Ella dijo que no. Nadie.

El Chino urdió una explicación. Después me dijo que estaba demandado. La madre de su hijo. Los pacos habían llegado por él. Había escapado por una ventana. No tenía plata. No sabía cómo volver. Cómo arreglarlo.

Pidió otra piscola. La cargó a su cuenta. La barman lo miró raro.

Qué tanto.

Tengo que tocar en una hora.

Curado canto mejor, dijo.

Miré afuera. Unos argentinos se quedaron parados en la puerta. Algo los disuadió. Uno gritó algo hacia dentro. No te puedo decir qué. El cigarro me dio calor. El pub no tenía aire acondicionado. El aire marino hacía todo más pesado. El Chino sudaba. Se secó la frente con un pañuelo.

Terminé la cerveza. Se había entibiado.

El Chino me dijo que saliéramos.

Caminamos a la avenida Perú. Nos detuvimos al lado de las rocas. El Chino sacó un pito.

No quise fumar. Escuché las olas. Algo reventó más allá. El Chino prendió el pito. Fumó la mitad. Miré el mar. Pasó un auto atrás de nosotros. Tocó la bocina.

El mar tenía olor a podrido.

El estero estaba cerca. Había gente que se bañaba en esa playita donde desembocaba.

La playa era asquerosa. La desembocadura de una alcantarilla.